CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ (5ª HABLEMOS DE MARÍA)

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=BGHZAXulXsk

Esta es la quinta charla de ese cursillo que hemos llamado "Hablemos de María". Y en las anteriores charlas ya hemos dicho que, aunque en los Evangelios no vengan muchas referencias sobre la Virgen María - nos gustaría que nos hubiese contado el Evangelio más cosas sobre la Virgen María - sí es cierto que la Virgen María aparece en los Evangelios en los momentos fundamentales. Sobre todo en los tres momentos fundamentales: la Encarnación, la Redención (la Pascua) y Pentecostés (la venida del Espíritu Santo) Esos tres son los momentos fundamentales.

Esta quinta charla, "María al pie de la Cruz", es también uno de esos tres momentos fundamentales: el de la Redención.

Por otra parte, como siempre estoy diciendo al comienzo de todas las charlas de este cursillo, yo no soy para nada original y el contenido fundamental que yo os voy a trasladar lo he tomado de un libro del padre Rainiero Cantalamessa, que es un capuchino que fue el predicador de la Santa Sede hasta hace poco tiempo y él tiene un libro llamado "María, espejo de la Iglesia". Fundamentalmente está tomado de ahí, aunque alguna cosita yo me he atrevido a añadir.

Recuerdo que la tesis fundamental de ese libro es que María es una carta que Dios ha escrito al mundo, una carta que nos ha escrito a cada uno de nosotros. Entonces, si María es una carta de Dios para mostrarnos el camino de la santidad, qué importante será que leamos con atención esa carta de Dios, que nos fijemos en María con atención porque Dios nos está queriendo decir muchas cosas en ella.

El texto fundamental, el texto evangélico fundamental de la charla de hoy es obvio cuál va a ser: "María al pie de la cruz". Es el texto de Juan 19, 25-27. Es San Juan el que recoge ese texto. No es casualidad porque San Juan es el discípulo que vivió con María. Claro, el que vivió con ella, la tomó en su casa. Dice: "Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego dijo al discípulo: 'Ahí tienes a tu madre'. Y desde aquella hora el discípulo la recibió como algo propio". Este es el texto y sobre él vamos a reflexionar.

La primera reflexión: darnos cuenta de que María contempla la gloria de Cristo ya en la cruz, sin esperar a la resurrección. Porque nosotros decimos: "La gloria viene en la

resurrección" pero es que lo propio de María es que ella ha tenido el don de contemplar la gloria en la misma cruz. Esta es una primera consideración.

A María sólo se le menciona en los Evangelios a propósito de la cruz y de la muerte de Jesús. No se habla de ella en la resurrección, en las apariciones de Jesús resucitado, etc. Si bien es cierto que en la tradición cristiana se ha considerado como muy probable, incluso como cierto, que Jesús resucitado se apareció a su madre, pero en los Evangelios no se cuenta. Por ejemplo, San Ignacio de Loyola, en el punto 299 de los Ejercicios Espirituales dice: "Se apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros, porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: ¿también vosotros estáis sin entendimiento?". O sea, San Ignacio dice: "Si tenemos sentido común, pues se apareció a su madre". Ese es el argumento de San Ignacio de Loyola. La Escritura dice "¿no tenéis entendimiento?". Por lo tanto, es obvio que se apareció a su madre, pero no está narrado.

Entonces, el asunto es: ¿no está narrado por qué?, ¿porque fue un olvido? Bueno, pues quizás porque en María, en concreto en María, tuvo lugar de una manera tan íntima, tan íntima y tan personal, que allí no hubo luces ni taquígrafos. Eso puede ser ya por sí solo una razón. Pero además, también por una segunda razón: porque María era la que fue capaz de ver a su hijo resucitado incluso en la cruz, antes de que resucitase. Nosotros nos ceñimos a los Evangelios y, como allí no se narran las apariciones de Jesús resucitado a María, nos hacemos una pregunta: "¿Y esto por qué es?". Porque obviamente si a alguien, la Virgen María le pudo contar las intimidades fue a San Juan, que era con el que vivía, con el discípulo amado que vivía, a él le contó las intimidades como, por ejemplo queda claro en episodios como las bodas de Caná de Galilea, etc. Sin duda existe una intencionalidad en San Juan en la que queremos adentrarnos. ¿Y cuál es esa intencionalidad? Pues ver cómo la fe de María es la fe más intensa de todos aquellos que han descubierto, que han reconocido la gloria de Jesucristo.

En primer lugar, veamos que en el Evangelio de San Juan la cruz significa la hora de Jesucristo. Se dice que el Evangelio de San Juan es el “Evangelio de la hora”: "Mujer, todavía no ha llegado mi hora", "Ya se acerca la hora", "Esta es la hora", "Esta es la hora del poder de las tinieblas", "Para esta hora he venido al mundo". ¿Qué hora es esa? Es la hora nona del día de la crucifixión; la cruz es la hora de Jesús según el Evangelio de San Juan. Llegado el momento de la pasión, Jesús dice: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu hijo" Fijaos bien: ha llegado la cruz, "glorifica a tu hijo". Según el Evangelio de San Juan, Jesús es glorificado ya en la cruz; no queda pendiente de glorificar hasta la resurrección, sino que en la misma Cruz es glorificado. Por eso también dice: "Cuando levantéis al hijo del hombre sabréis que yo soy". Al verle levantado y verle morir de esa manera, ofreciendo su vida al Padre, sabréis que es él. Se mostrará su gloria en el momento en el que Jesús pronuncia: "Todo está cumplido" (Juan 19,30). En la forma en la que Cristo muere se hace presente ya la resurrección. La resurrección está virtualmente presente, ¿por qué? Porque muere perdonando, muere dando vida, su muerte es gloriosa; la muerte de Cristo es gloriosa.

Ahora viene la pregunta: ¿y quién se dio cuenta de esto? porque allí había mucha gente que no se estaba dando cuenta aunque algunos lo intuyeron. Por ejemplo, aquel centurión que en aquel momento dijo: "Verdaderamente este es el hijo de Dios", pensó:

"Esta forma de morir yo no la he visto nunca" ¿Quién se dio cuenta de esto? Sobre todo María.

Entonces creo que es bueno que nos demos cuenta de que hay como una gradación según la fe de los testigos a la hora de percibir la gloria de Cristo:

1.- En primer lugar, los primeros testigos de la resurrección de Jesús, las mujeres de las que nos hablan los Evangelios, que descubrieron la resurrección de Jesús al amanecer del tercer día; pero María lo había descubierto antes, en la cruz.

2.- Entre los apóstoles también hay una gradación. Por ejemplo, el primero en reconocerle de todos, de los doce, ¿quién es? Es Juan, que dice que entró al sepulcro, vio el sepulcro vacío y las vendas a un lado, y creyó. O sea, Juan creyó antes de haber visto a Cristo resucitado; le bastó ver el sepulcro vacío y las vendas a un lado, y entonces Juan creyó antes de verle resucitado; pero el resto de los apóstoles necesitaron que se les apareciese; estando reunidos Jesús se les aparece y entonces, al verle resucitado, se suscita su fe. Y todavía está el caso de Tomás, que Tomás necesitó ver, tocar, palpar para llegar a creer.

Pero, como hemos dicho, María es excepcional porque María creía en la resurrección de Cristo, de su hijo, ya en plena pasión. En plena pasión ella sabía que su hijo resucitaría. Su fe era capaz de contemplar la gloria en medio de la pasión. Ella fue la única en esperar la resurrección. Hubo un día, el Sábado Santo, en que sólo ella esperó, sólo ella mantuvo la virtud de la esperanza. Por eso, en María vemos la capacidad de ver la gloria de su hijo. Cuando San Juan nos presenta a María al pie de la cruz, la está poniendo no solo como testigo de la derrota de su hijo, sino como testigo del triunfo de su glorificación. Cuando el prólogo del Evangelio de San Juan afirma: "Hemos visto su gloria", se refiere también a la gloria de la cruz. Hemos visto su gloria en la cruz: "La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, que recibe del Padre como Hijo único lleno de gracia y de verdad".

Por lo tanto, en primer lugar, de María destacamos, subrayamos que ha contemplado la gloria de Cristo ya en la cruz.

Pero damos un paso más. Vamos a ver a María cómo se desenvuelve en la pasión, cómo se desenvolvió en medio de la pasión. Claro, dicho lo anterior, que nadie sospeche, que nadie saque la conclusión: si María esperaba la resurrección de su hijo, entonces eso le ahorró los sufrimientos. No, ese silogismo no cabe hacerlo porque lo mismo cabe decir de Jesús ya que Jesús sabía que iba a resucitar, de hecho Él había profetizado: "Al tercer día resucitaré". Pero el hecho de que Jesús supiese que iba a resucitar no le resta un ápice de todo el sufrimiento de la pasión. Pues con María pasa lo mismo y por tanto, ella vivió toda la crueldad de la pasión: la agonía, la coronación de espinas, la flagelación, las traiciones, las negaciones. Y es que son dos niveles distintos: uno es el nivel de la esperanza, el nivel el nivel de la fe, y otro es el nivel de los acontecimientos fácticos de la vida. Son dos cosas que son distintas y una cosa no te ahorra la otra. Es decir, que María, al igual que Jesús, bebió el cáliz de la cruz, y lo bebió hasta el fondo.

Si ella estuvo en el Calvario, es más que probable que también estuviese en Jerusalén en los episodios previos. Eso no se cuenta en los Evangelios, que María estuviese en

los episodios previos: el interrogatorio ante Pilato, el traslado de la cruz, la flagelación. Eso no se cuenta. Pero curiosamente la famosa película de Mel Gibson, yo creo que con una profundidad y una intuición maravillosa, pone a María presente en todos los episodios de la pasión, lo cual es muy probable. Si ha estado en el Calvario, ¿cómo no va a haber estado en todo lo anterior? Es también un poco lógico. Esa película de Mel Gibson tiene episodios maravillosos de la madre siguiendo a su hijo, saliendo al encuentro de su hijo en momentos del traslado del *vía crucis*: cómo María también está presente en la flagelación, cómo recoge con paños blancos la sangre de su hijo derramada. Todo eso es históricamente muy probable pues porque obviamente no tendría sentido que estuviese solo en el Calvario y no en los pasos anteriores.

Ahora bien, llama la atención que los Evangelios en ningún momento dicen que María gritase o que expresase un dolor al modo de las plañideras; eso no lo dice y sin embargo, sí se dice de las otras mujeres que la acompañaban (en Lucas 23, 27 se habla del lamento de las mujeres) pero María no se dice eso; no se ha transmitido ninguna palabra de María en el momento de la pasión. Fijaos, los Evangelios no han dicho en ningún momento: "y María dijo". Hay un silencio absoluto; se nos ha transmitido su silencio, porque el lenguaje de la cruz es el silencio. Es el silencio el que guarda para Dios el perfume del sacrificio. Entonces, el silencio de María al pie de la cruz es un silencio elocuente. Aquí hay una gran lección de María, de cómo se hace presente abrazando la cruz de su hijo, en silencio, pero en conexión con su hijo. Por ejemplo, cuando María al pie de la cruz oye a su hijo decir: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen", ¿qué nos imaginamos que pasaría por el corazón de la Virgen María? Ella comprendió que su hijo quería que ella también perdonase, y perdonó. Si María escucha "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen", ¿qué haría ella? Pues perdonar. Y cuando Jesús dice al Padre: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", ¿qué haría ella? Pues lo que su hijo estaba haciendo: hacer un acto de abandono en manos del Padre. O sea, que podemos pensar que cada palabra de su hijo pronunciada en la cruz es correspondida por la Virgen María, que está viviendo esa misma actitud de su hijo. Cuando Jesús perdona, ella perdona; cuando se pone en manos del Padre, ella hace lo mismo. Cuando Él dice: "Todo está cumplido", ella insiste: "Gracias porque se haga tu voluntad". Jesús encuentra en su madre quien sintonice con él en la hora de la prueba; ha encontrado un corazón que sintoniza con él. Está sintonizado con su hijo. Él, en la mirada de María, ha podido encontrar refugio, consuelo; una compañía y un consuelo que había pedido con poco éxito a sus discípulos en Getsemaní: "Estad, permaneced conmigo, velad conmigo, no me dejéis solo en este momento". Poco éxito tuvo, sin embargo en María lo tenía. Es curioso que Jesús en ese momento pidió compañía, pero "¿no habéis podido velar ni siquiera una hora?" Eso tenemos que darnos cuenta de que eso tiene una fuerza de consolación impresionante.

Y un pequeño detalle que yo nunca lo había pensado hasta que lo he leído en este libro: todo apunta a que, físicamente hablando, Jesús y María estaban muy cerca en el Calvario; que a María le permitieron estar muy pegada a la cruz, que no estaba lejos sino que se estaban casi mirando cara a cara. ¿Por qué digo eso? Pues porque si Jesús dice "Mujer, ahí tienes a tu hijo", eso se dice a alguien que está al lado tuyo; si no, hay que llamarla "madre", hay que llamarla de otra manera. Obviamente si tú le dices "Mujer, ahí tienes a tu hijo" es porque la tienes muy cerca y puedes mantener un diálogo con ella. No tuvo ni siquiera la necesidad de llamarla por su nombre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Es decir, que estuvo muy cerca incluso en el sentido físico, en el sentido también de compartir todas las palabras y las actitudes de su hijo y en el sentido

físico. En todo sufrimiento humano hay siempre una dimensión íntima y privada que parece que sólo se puede vivir en familia como cuando alguien está especialmente frágil y entonces solamente los más allegados se pueden acercar a él.

Y otro detalle referente a esta misteriosa cercanía que tuvieron María y Jesús en ese momento en la cruz. Tampoco yo me había fijado en este detalle - siempre aprendes cosas nuevas – es cuando Jesús en la cruz dice: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?", siempre hemos escuchado la explicación de que Jesús está rezando el Salmo 22, que comienza de esa manera: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Obviamente no tendría el aliento para decir todo el salmo en voz alta, y el resto del salmo lo iría declamando interiormente. Sabemos que es un salmo que comienza con ese grito desgarrado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", pero concluye con un acto de abandono, de confianza y de abandono en manos de Dios. Lo que yo nunca me había fijado es que dentro de ese salmo hay una expresión, un detalle mariano porque dice en un momento determinado: "Pero tú eres quien me sacó del vientre, me tenías confiado en los pechos de mi madre", dice el Salmo 22, versículo 10. Fijaos, Jesús está rezando al Padre en ese momento teniendo a su madre junto a él, y él le dice al Padre: "Tú eres quien me sacó del vientre, de este vientre, me tenías confiado en los pechos de mi madre". Jesús se acuerda de su madre en ese momento de la muerte, cosa que es curiosa porque ¿cuántas personas hemos visto que en el momento de su muerte se acuerdan de su madre? Esto es curioso. Quienes hemos asistido a muchas personas en el momento de su muerte, ¡qué frecuente es que alguien muera diciendo "mamá"! Fijaos, eso es impresionante; Jesús murmuró y tuvo ante su madre esas palabras en la cruz.

Damos un paso más para intentar desglosar ese episodio. Y entonces vamos a descubrir que en este momento es cuando Jesús pronuncia esas palabras: "Mujer, ahí tienes a tu hijo, hijo ahí tienes a tu madre".

Bueno, primero vamos a decir también que, antes de hacer una interpretación espiritual de esas palabras, hagamos también una interpretación muy humana, que es que Él tendría la preocupación de: "¿Con quién se queda mi madre?", es decir, esa preocupación entendámosla antes de pasar a hacer una interpretación de la maternidad espiritual de María. Primero hagamos la interpretación más obvia, más humana: Jesús está confiando a su madre a alguien. Antes José vivía, pero José marchó, ¿con quién se queda mi madre? Mi madre no tiene a nadie para cuidarla. Entonces, ahora que María se va a quedar sola en el mundo, Dios le pide a Juan que la tome consigo y Juan va a continuar la sombra protectora de José. Esto igual no lo hemos pensado, pero San Juan continúa la sombra protectora de San José. María se deja cuidar por la providencia de Dios que le conduce de unas manos en otras. Es como cuando los hijos dicen: "Mamá, vente a vivir conmigo", "Bueno pues allá que voy". "Mamá, vente acá", "Allá que voy". También ella hace un acto de confianza de dejarse cuidar, de ponerse en manos de quien pueda cuidarla.

Además de este detalle humano, esa frase: " Mujer, ahí tienes a tu hijo, hijo ahí tienes a tu madre ", nos pone en reflexión de la maternidad espiritual de María hacia nosotros porque cuando dice "Ahí tienes a tu hijo", somos nosotros. Juan nos representa a todos nosotros obviamente, y entonces esa maternidad espiritual de María se realiza a través de dos momentos - toda maternidad tiene dos momentos: concebir y dar a luz; se concibe, se engendra y se da luz - Primero María nos ha concebido; a lo largo de su

vida, desde la Anunciación hasta el Calvario, María fue descubriendo poco a poco que aquel hijo suyo estaba muy lejos de tener una vida privada, que la vida de su hijo era para todo el mundo. Eso también ella tuvo que hacer un esfuerzo grande de asumirlo: que era para todo el mundo, que era primogénito entre muchos hermanos, y entonces ella poco a poco se fue haciendo madre de todo lo que su hijo iba engendrando. Por ejemplo, yo creo que los que somos sacerdotes hemos conocido a nuestros padres asumiendo que somos sacerdotes y entonces, viendo cómo en sus vidas entran montones de personas sencillamente porque están ligadas a la vida de sus hijos y de repente vemos a nuestros padres haciendo de cocineros en un campamento y un montón de cosas más porque tu vida les implica a ellos. Por ejemplo en la vida de Don Bosco es entrañable la figura de mamá Margarita, que es la madre de Don Bosco; es una figura maravillosa porque en toda la acción de Don Bosco mamá Margarita estaba siempre por detrás sosteniendo toda la acción de su hijo; lío en el que se metía su hijo, allá que estaba mamá Margarita por detrás. Entonces la Virgen María a lo largo de su vida había ido entendiendo eso: había entendido que ella en realidad no había concebido a uno, es que había concebido en Él al mundo entero. Eso la Virgen María fue poco a poco aprendiéndolo y además, en el caso de María, de una manera especialmente profunda porque cuando escucha a su hijo decir: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados", no dice "¿Pero hay sitio en casa?, sino que ella dirá: "Venga, venid", "Ya haremos algo, ya prepararemos algo". O sea, la Virgen María está asumiendo que su hijo es para todos, por lo tanto, nos está concibiendo ya a todos; cuando ella asume que su hijo es para todos, está también asumiendo que todos aquellos que son de su hijo son suyos también.

Y claro, nos fue concibiendo y nos fue engendrando y dando vida. Hemos nacido espiritualmente de María en el Calvario porque nos da luz. Nos ha concebido, engendrado durante toda la vida, pero el momento del Calvario fue el momento de darnos a luz en un parto doloroso, por cierto, porque el nacimiento de Jesús fue virginal, fue milagroso, pero nuestro parto sí que fue doloroso. Entonces nos viene a la mente aquel Salmo 87, 2: "Uno por uno, todos han nacido en ella" que es un salmo que perfectamente podríamos referir al momento de la maternidad en el que María nos da luz al pie de la cruz: "Uno por uno, todos han nacido en ella. El Señor escribirá en el registro de los pueblos: 'Este ha nacido allí'". Yo nací en el calvario y nací, fui engendrado por María. Si San Pablo pudo decir a sus fieles (Primera Corintios 4, 15): "Yo os engendré en Cristo", si eso lo dice San Pablo, digo yo que María también podrá decirlo. Si San Pablo dice: "Hijos míos, por quienes sufro dolores de parto", eso lo dice San Pablo por los por los Gálatas, también podrá decirlo la Virgen María por nosotros.

Vamos a concluir diciendo: aprendamos e imitemos a María. Imitar a María al pie de la cruz es caer en cuenta de que estamos llamados a casarnos no con una cruz desnuda, sino con una cruz en la que Jesucristo está presente porque una cruz sin Cristo es desesperante. María nos enseña a hacer un acto de fe, el acto de fe de que toda cruz en la que está Jesucristo presente es redentora. Y si a María se le llama “corredentora” (aunque no está definido dogmáticamente, pero sí hay muchos santos que han llamado a la Virgen María corredentora) en cierto sentido, estamos llamados todos a serlo por eso de que: “Completo en mi carne lo que falta en la pasión de Cristo” Y esta es la clave: estamos llamados a hacer ese acto de fe de que toda cruz unida a Jesucristo es fecunda, es redentora: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga".

La Virgen María sobre todo ¿qué es lo que quiere de nosotros? Suscitar una determinada determinación de que abracemos la cruz, de que no seamos enemigos de la cruz, de que no huyamos de la cruz. La cruz despoja, claro que despoja; es un instrumento por el que Dios poda los sarmientos de la vid, nos purifica, y eso duele. Pero esa purificación es necesaria para extraer en nosotros la imagen de Cristo. Se dice que el escultor Miguel Ángel, que era un genio solía decir que la escultura es “el arte de quitar” porque cuando él veía un bloque de mármol decía: "En este bloque de mármol hay un ángel encerrado" porque él ya estaba imaginándose el ángel; lo que hace falta es quitar hasta que aparezca el ángel. Pero claro, para quitar hay que un coger un cincel y un martillo e ir dando golpes hasta que allí aparezca la imagen. Eso pasa también con la cruz, que la cruz también es un despojarnos, despojarte del hombre viejo, de tu pecado, hasta que en ti aparezca esa imagen de Cristo, pero claro es doloroso.

La cruz nos despoja, pero también nos une entre nosotros; nos hace comprensivos, nos hace solidarios, nos hace maduros. Yo que cada semana suelo hacer una visita a un colegio, esta semana he estado en uno de nuestros colegios (como hay sesenta y dos, todavía tengo tiempo para visitar), pero lo que me ha llamado la atención es como los niños de once o doce años ucranianos a los que se les nota que el sufrimiento les ha hecho especialmente maduros; ¡qué diferencia de un niño frívolo de otro que sabe lo que está viviendo su familia, su pueblo, y cómo habla! Es que parece que tiene diez años más que los otros porque obviamente la cruz le ha madurado y también le ha preservado de muchas frivolidades, es decir, la cruz nos une, nos madura, nos hace solidarios, nos hace capaces de lo mejor, nos abre a la compasión, nos abre a pensar en los demás. Sobre todo la cruz nos une a Dios. ¿Sabéis una cosa?, que San Buenaventura, tiene un pequeño tratado sobre siete pasos para que el alma ascienda a Dios y ¿sabéis cuál es el séptimo de los siete pasos? La cruz. Dice él que el paso supremo para acceder a Dios es la cruz, es el lugar de unión plena. Por lo tanto, imitar a María al pie de la cruz es: abraza decididamente la cruz y abrázala sabiendo que Jesucristo está en ella, y que es redentora, y que tú estás llamado a ser corredentor con Cristo y que va a ser clave y decisiva para tu santidad. En esa supuesta desgracia tienes que ver una gracia, la gracia de la santificación de Dios en tu vida. En toda cruz hay un designio de santidad.

Y también creo que otra imitación, aparte de imitar a María, es imitar a Juan (que de esto solemos hablar poco) Hay que imitar también a Juan en cómo acogió a María. Dice el Evangelio: "Y el discípulo la tomó consigo". Es un versículo muy complicado de traducir, por eso no os extrañe que en las Biblias veáis traducciones un poco sorprendentemente distintas porque uno dice: "Desde aquella hora el discípulo la cogió en su casa" y otro dice: "Desde aquella hora el discípulo la tomó como cosa suya" y otro dice: "Desde aquella hora el discípulo la cogió como amada". O sea, es difícil la traducción del texto griego, pero en el fondo significa todo eso: la tomó como cosa suya, la tomó en su casa, la tomó como lo más querido.

Hagamos un esfuerzo de imaginación para entender lo que pudo suponer para Juan vivir con María, rezar con ella, comer con ella. "Te ha quedado riquísimo, María", ¿te imaginas? decirle eso a la Virgen María, escuchar de ella sus recuerdos. Me imagino que eso sería lo más fuerte para Juan. Oye, estaría deseando momentos de sobremesa en el que María le contase recuerdos. Por ejemplo, pues por un episodio como el de las bodas de Caná, pues es que se lo tenía que contar a Juan, celebrar la Eucaristía con

ella. Eso es impresionante, que Juan como apóstol celebraba la Eucaristía y ahí estaba María, y comulgaba ese cuerpo de su hijo que había sido engendrado en su seno. Yo creo que es importante que nos hagamos el esfuerzo de imaginación para entender lo que pudo ser para Juan acoger a María en su casa y ¿qué puede significar para nosotros recibir a María en nuestra casa?

Y aquí puede concentrarse la espiritualidad de San Luis María Grignion de Montfort, quien nos invita a la Consagración al Inmaculado Corazón de María, esa que vamos a hacer, si Dios quiere, el día 23 de febrero en el día último de ese Congreso Mariológico que va a terminar con la consagración de la Diócesis al Corazón Inmaculado de María. A ver, ¿qué es lo más próximo que podemos hacer nosotros para imitar a Juan cuando dice "desde aquel momento la recibió en su casa, la recibió como cosa suya, como lo más querido"? La Consagración al Corazón Inmaculado de María, porque eso se traduce que es recibir a María en casa: hacerlo todo por medio de ella, hacerlo con María, hacerlo en María, hacerlo para María. Como San Luis María Grignion de Montfort dice cuando explica esa consagración: aprender de ella a hacerlo todo por medio de Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús; ser ella como la introductora, la catequista de ese ser totalmente de Jesús. Se trata de ponerse en manos de María como quien se pone en unas manos puras y expertas para afinarnos, para que así podamos entregarnos a Jesús. Por eso hemos pensado que la Consagración al Inmaculado Corazón de María nos prepare para, en la solemnidad del Corazón de Jesús, hacer la Consagración a Jesucristo.

Cuando decimos esa expresión "A Jesús por María", que es una expresión muy famosa, "A Jesús por María" (*Ad Iesum per Mariam*), hay que entenderlo en sentido de que es el Espíritu Santo quien nos guía a Jesús sirviéndose de María. O sea, el que nos mueve es el Espíritu Santo, pero se sirve de María para movernos. Y la imagen de San Luis María Grignion de Montfort de qué es lo que supone la Consagración al Inmaculado Corazón de María, a mí me impactó mucho cuando leí esta imagen. Recuerdo que siendo seminarista la leí y me quedé con esta imagen: la imagen es que María es el molde en el que el Espíritu Santo quiere formar en nosotros la imagen de Jesucristo. Todos sabemos que cuando se hace una imagen de escayola hace falta un molde; Jesús quiere hacer en nosotros la imagen de Jesucristo, quiere formar en nosotros la imagen de Cristo; eso lo hace el Espíritu Santo, ¿pero cuál es el molde? Y entonces San Luis María Grignion de Montfort dice: "El molde es María", en el que el Espíritu Santo derrama su gracia para que en nosotros se forme la imagen de Jesús. Es curiosa esa imagen del molde porque en ella somos moldeados a imagen de Jesucristo.

Por eso, creo que además de imitar a María tenemos que imitar a Juan acogiendo a María. Y por eso vamos a hacer la Consagración al Inmaculado Corazón de María, que es la que nos va a preparar para ello.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.